

**HERMAN
MELVILLE
(1891-1991)
CENTENARIO**

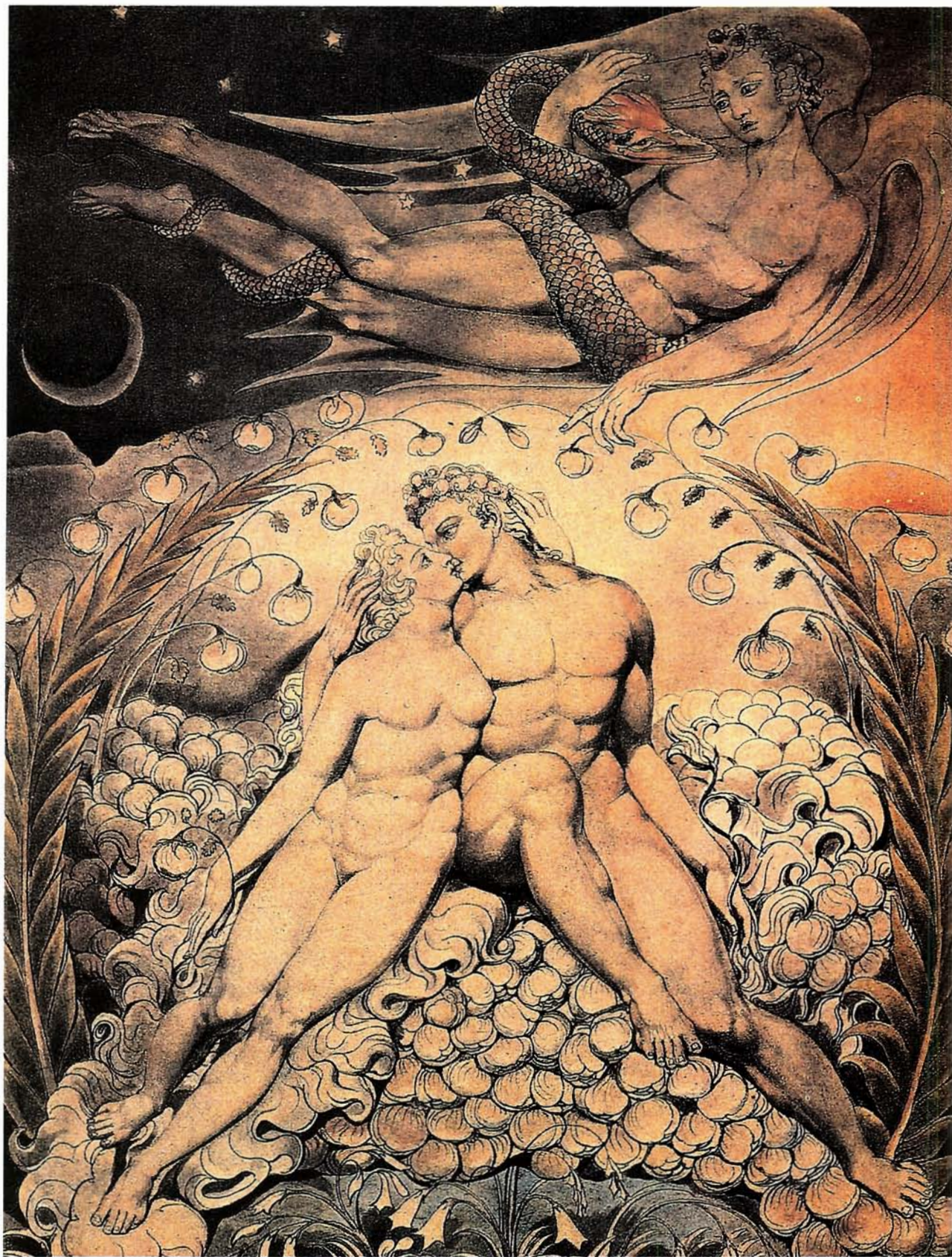
Melville, poeta maniqueo



SOREN PEÑALVER

DE la abismal (o abisal, pues tratamos de un marinero) experiencia vital de Herman Melville, que muy joven conoció el libre y también aislado mundo de los hombres del mar, se traduce una postura teocrítica y un pensamiento que se recrea frecuentando la dualidad equitativa del bien y del mal, las fuerzas que conforman al hombre y el Universo. En toda su obra, desde *Moby Dick* a *Billy Budd*, incluidos los poemas (*Buddha, In a church of Padua, The age of the Antonines, Fragments of a Lost Gnostic Poem of the 12th Century...*) y *Pierre, or the Ambiguities* (significativo título), aparece planteado ese duelo de fuerzas morales humanas y cósmicas que se complementan y oponen, los dos principios creadores de los antiquísimos maniqueos iraníes. Los fragmentos del supuesto poema gnóstico del siglo XII definen una actitud escéptica muy propia del escritor a lo largo de toda su vida. El gnosticismo tiene su momento importante en la historia entre los siglos tercero y quinto de nuestra era; parece que después desaparece en la oscuridad del tiempo, para brillar nuevamente en las doctrinas de los búlgaros bogomilos descritos por Eutymo Zigabeno, dualistas que rechazan el Antiguo Testamento y que salvan las fronteras balcánicas hasta llegar a la Italia del norte y al Mediodía francés. Precisamente, hacia el siglo XII, un concilio celebrado en el Languedoc acoge, para que sea

por él presidido, el diácono bogomilo Niquitas Nicetas, el cual ha viajado expresamente desde Constantinopla. En ese concilio, convocado por los albigenses y cataros, y en las premisas doctrinales en él expuestas, parece que Melville se basa y reconoce la tragedia del mundo. Lo que hace más inquietantes esos versos es tener de fondo el drama de la espantosa matanza en masa de esos heterodoxos, por decreto papal. En la intransigencia religiosa está, ciertamente, el más sólido argumento de aseveración del dualismo. A su amigo Nathanael Hawthorne comunica Melville una enigmática indicación, la fórmula ritual del bautismo de su novela más importante, *Moby Dick*, plena de simbolismo bíblico. Cuando Hawthorne leyera aquellas palabras latinas, trazadas por la caligrafía atormentada de su amigo, el antiguo lobo de mar, recordaría otro proceso y drama a él más cercano: el de la purificación en la hoguera de las supuestas brujas de Salem pues el autor de *The Scarlet Letter* no era sino un descendiente directo del principal inquisitor puritano de aquel luctuoso suceso, ocurrido en el siglo XVII... «*Ego non baptizo te in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti, sed in nomine Diaboli*» decían aquellas palabras, y en ellas Melville, conocedor, *gnostikós* de las pasiones y el drama de la existencia, concretaba su creencia en que el Mal tenía su concurso oscuro en las acciones luminosas de la Bondad.



Satán observando los amores de Adán y Eva. Acuarela y lápiz. 1808

Fragments of a lost gnostic poem of the 12th century



Found a family, build a state,
The pledged event is still the same:
Matter in end will never abate
His ancient brutal claim.

... ..
Indolence is heaven's ally here,
And energy the child of hell:
The Good Man pouncing from his pitcher clear,
But brims the poisoned well.

Herman Melville

Funda una familia, edifica un estado,
El evento empeñado equivaldrá a lo mismo:
La materia no podrá atenuar
Su antiguo y bruto derecho.

... ..
Es aquí abajo la indolencia la aliada del cielo,
Y la energía la prole del infierno:
El Hombre Bueno vertiendo de su claro jarro
No hará sino colmar el pozo envenenado.

Traducción: *Soren Peñalver*



Caspar David Friedrich: *Caminante sobre un mar de nubes* (hacia 1819)

Last verses (fragmentos)



Traducción VICENTE CERVERA SALINAS ¹

In placid hours well-pleased we dream
Of many a brave, unboiled scheme.
But form to lend, pulsed life create,
What unlike things must meet and mate:
A flame to melt —a wind to freeze;
Sad patience —joyous energies;
Humility —yet pride and scorn;
Instinct and study; love and hate;
Audacity —reverence. These must mate,
And fuse with Jacob's mystic heart,
To wrestle with the angel-Art.

Complacidos en horas apacibles soñamos
Con planes complejos, múltiples, salvajes.
Mas para darles forma y crear vida palpitante
Lo distinto se debe aunar y reunir:
Derretir un llama —helar un viento,
Paciencia triste —energía jovial;
Humildad —orgullo y aún desdén;
Instinto y estudio; amor y odio;
Audacia —devoción. Estas cosas deben concertar
Y fundiéndose en el místico corazón de Jacob,
Luchar en la atalaya, con el ángel-Arte.

¹ Agradezco las oportunas correcciones a la traducción propuestas, casi en una re-escritura de la misma, por la profesora y escritora Agnes Moncy.

El último Melville: la existencia atemperada



VICENTE CERVERA SALINAS

LOS años que dedicó Herman Melville a la composición de sus «Last verses» fueron tiempos de precariedad y de nostalgia. La viril energía que penetraba en las procelosas corrientes de sus «mares del Sur» había dado paso a ese otro sentimiento que, imperante y posesivo, fue siempre un aliado fiel, un tenaz y férreo compañero de su entusiástica aventura marinera: la reflexión profunda y obsesiva, la acerada y cabal «meditación» de timbres bíblicos y estoicas vocaciones, la que trazaba imaginarios puentes con la insondable «sabiduría» de Salomón, el lamento pasional del rey hebreo, y con la fatídica verdad de las «Meditaciones» del otro emperador que renunció a las concesiones, el romano Marco Aurelio.

Un presagio de ese embate del destino pudo ser preconizado en un conjetura perdida entre las inasibles y ondulosas páginas de su poética y aun visionaria ficción oracular, su magna «Moby Dick»: «Para todo mágico vagabundo meditativo, una vez contemplado, este sereno Pacífico se convierte en el mar de su predilección. Mueve la mayor parte de las aguas centrales del mundo, y los océanos Índico y Atlántico con sus brazos (...). De modo que este misterioso y divino

Pacífico limita todo el cuerpo del mundo y hace de todas las costas un litoral propio. Parece el corazón de la tierra, que poseyera el empuje de una ola» (Cap CX).

El corazón de la tierra. El empuje de una ola. El vibrante y trémulo dinamismo de las aguas simbolizado por Ahab. Pero también la sabia y paciente facultad de comprensiva observación, que salvará en frágiles tablas a Ismael de la voracidad diabólica del mar y su blancura. La gloria de un pensamiento tan denso y central que sólo puede resolverse en «arte» como símbolo postrero de la paradoja vital de Melville, inmóvil y firme observador que «caminaba» meditando sobre lo inestable. Testamento y testimonio de esos años de creación final en que Herman Melville, subido a la atalaya de sus días, contemplaba sus recuerdos en imagen que rememora ese hermoso lienzo de orientaciones asimismo visionarias: «El caminante sobre un mar de nubes» de Caspar David Friedrich.

Como en el óleo del pintor alemán, Melville —de espaldas a nosotros y erguido sobre una roca— divisa una estampa sublime de nubes instantáneas y piensa: el arte no busca sino aunar los extremos pasionales de nuestra naturaleza. La llama que se inflama

y el viento que la extingue. La altivez y la humildad. El odio y la ternura. El estudio y la sagaz inspiración. Aunadas en forma precisa y necesaria, configuran la materia prima del arte.

Y el poeta luchando contra el corazón de un ángel místico, como Jacob, para atravesar con hálitos de vida la materia que se esculpe, y que precisa firme trama: la palabra, morada altiva del «sentir en paradoja».

Mas todo ello presentido en la «placidez de las horas felices», aquéllas de la madurez concisa y arraigada, cuando la experiencia de una vida recoge la enseñanza de esa semilla que al caer moría y, por ello, fructificaba. Atrás quedaban, necesarias, las imágenes furtivas que incendiaban los sentidos,

como la espuma de un mar sin calma. Desde la esquiva borda o en la escala de algún mástil, Melville había descubierto con total clarividencia las contrarias y parejas tensiones de su propia identidad, como «la águilas diestrísimas» de aquellas almas que son «capaces de sumergirse en los más negros precipicios y volver a remontarse de nuevo para hacerse visibles en los espacios soleados» («Moby Dick»; Cap XCV).

Por ello, en el otoño de su vida, supo Herman Melville reflejar la sensación de vértigo y ascenso que hace del «arte» la expresión más paradójica y cernida del «mágico vagar meditativo»; cuando las pasiones se adormecen y surge el destello sutil de la existencia atemperada.